

LA HAZAÑA QUE SERÁ MEJOR ASÍ

«Será mejor así» profetizó Mateo cuando me tocó marchar al destierro y luego de su mirada de once minutos que decía más que mil palabras continuó: qué linda la hicimos y lo dijo dulcemente. Nos mirábamos fijamente, él con esos ojos profundos, azules como el mar, directo hacia los míos; que también azules, parecían ahogados en mis lentes pequeños de montura metálica, demasiado húmedos; yo siempre con una boca sonriente mientras; de sus labios, lindos y melodiosos versos se grababan perpetuamente en mi memoria como el “*leit motiv*” «será mejor así». Ahora que lo miro en retrospectiva es que pienso que fue entonces que cogí esa mirada melancólica de cejas caídas y ojos vidriosos que quedará en mí por el resto de mis noches. Luego, en el momento de éxtasis más intenso me dio un abrazo tan fuerte que yo, débil, no podía respirar y me limitaba a acariciarle con mis manos la espalda, con mis ojos que no podían aguantar más pensaba, los niños no lloran, como la canción de “The Cure”, “boys don’t cry”, pero desde entonces y de mucho antes hubo varias experiencias que me hicieron hombre, un hombre valiente, ya no era un niño, por lo tanto, pensaba, los hombres no lloran. La garganta quebradiza y las lágrimas, que entonces me hicieron definitivamente hombre adulto, nunca desbordaron de mis ojos porque los hombres no lloran ni en la guerra ni en la paz, ni en el infierno ni en el cielo. Y en los brazos de Mateo, con sus labios en mi oreja, sus versos se apoderaban de mi subconsciente para siempre y mi mente repetía como su eco «será mejor así», estoy seguro, «será mejor así». Muchos años después, en una fiesta, tuvimos un reencuentro corto pero inolvidable, yo le recordé los días de complicidad, cuando yo lo defendí contra sus enemigos, cuando él se me asoció en mis planes contra el otro enemigo o cuando nos fuimos a seducir chicas hermosas con éxitos sin precedentes o cuando nos fuimos a trampear con unas fáciles o cuando nos fuimos a los templos del morbo a levantar malas mujeres. Con los amigos fuimos uno para todos y todos para uno, o simplemente dos hermanos de ley y de sangre, solos contra el mundo. Entonces, ya más grandes, él viviendo en Londres, hechos y derechos (yo por la izquierda), con más bagaje y nuevas historias él constató —ya ves, tenía razón: «fue mejor así»— y yo afirmé que él lo sabía como un profeta de su tiempo, él conocía mi destino, el que los golpes tan fuertes en la vida te hacen más valiente, te curten la piel para los siguientes golpes que te harán de venir.

«Será mejor así», «ya lo verás», me dijo reclinados juntos y abrazados en ese mueble de terciopelo suave como dos emperadores romanos, no lamentándonos por una guerra perdida sino más bien buscando venganza. Venganza contra el enemigo que no pudimos vencer. El enemigo era la autoridad colegial, la del régimen autártico, porque los enemigos compañeros de promoción eran fáciles de vencer pero la guerra contra la autoridad nunca la pudimos ganar. Allí me nació el espíritu rebelde de genuina causa. Cualquier consciencia se vuelve desobediente ante tal sarta de abusivos y ejemplo de hombres patanes y descarrilados. El profesor de inglés Mr. Straton era el mejor ejemplo. Él fue el que me desterró. Disfrutaba con la humillación de la mitad de sus alumnos, a la otra mitad se les volteaba, se doblaba en cuatro y les enseñaba el culo dándose dos palmaditas obscenas. A él nunca le gustó la presencia imponente y controladora de mi padre, tan o más autoritario que ellos. Por eso me jaló injustamente el segundo bimestre. Nos contaba cómo se debía tratar mal a nuestras madres, insultarlas y mandarlas a la mierda. Nos contaba de cuando se agarraron tres británicos a golpes con un padre de familia. Yo me paré frente a él y con tres gritos le reclamé que me explicara el motivo de jalarme ese bimestre porque yo sabía más inglés que mis

compañeros de clase, pero él respondió como los británicos respondían siempre a la insurrección: me gritó como a un perro, como a un cadete miserable “shut up you little bastard” y me siguió insultando y atemorizando con ese rostro desquiciado, enfermo y totalmente fuera de sí. También se la agarró con Carlos Machín Alcántara y usó sus influencias para hacerlo repetir de año. Eso no es todo. Las humillaciones que cometía son traumatizantes para cualquier chico: lo obligó a meterse en un clóset de libros y lo cerró con llave veinte minutos ante la burla de todos sus correligionarios, compañeros y enemigos. Todos los lunes, miércoles y viernes el desgraciado llegaba apestando a alcohol y con la nariz parchada de tanta cocaína que jalaba para aguantar todo el día luego de la mala noche en el “Irish Pub”, madriguera de todos esos británicos alcohólicos, drogadictos y homosexuales, en donde aún hoy tocan guitarra, cantan, bailan profesores machos con profesores machos o con tipejos físico culturistas, profesoras mujerzuelas con profesoras marimachas y alumnos obedientes se tiran a profesoras y profesores. Los viernes, Mr. Starton vociferaba iracundo que hagan cualquier cosa pero si escuchaba cualquier bulla les imponía una detención y se recostaba en su sillón con sus zapatos cochinos sobre su escritorio y allí se quedaba dormido, mientras Machín se insultaba y escupía con Arturo y con Gregori, intentando no despertar al hijo de puta. En ese entonces era un colegio varonil con nueve chicas feas y una bonita en una promoción de doscientos hombres malcriados. A una de las más feas, la Jefer, la dejaron enferma en un hospital psiquiátrico por toda su vida porque la batían y la humillaban todos los minutos y segundos de su triste vida en ese colegio y porque la política del director Mr. Baker se basaba en la siguiente frase: “Si haces un agujero en el hielo de un lago congelado y metes en esa agua a menos cinco grados a un bebito varias veces, aunque lllore o patalee, ya nunca más sentirá frío”. Ahora ya entraron las chicas desde abajo y es un colegio mixto y algo más decente por lo que tengo entendido. Pero entonces era la ley de la selva. La mayoría de esos profesores eran unas locas profundas. Mr. Bacon, que aún hoy labora desde hace casi veinte años en esa institución, tiene su pareja fija, un zambo fornido y mañoso que lo va recoger en su Tico rosado que se lo vendió la hembra Mr. Lilimann que se paseaba con el mismo zambo para que le meta la pinga por el culo en el baño de alguna “discoteca de ambiente”, de *gays*. Pero el que tenía la fama de ser el más desalmado y duro de todos era Mr. Krevin, que iba en su moto “Honda Africa Twin” haciendo bulla y dejando huella en la pista. Una vez habíamos ido yo y Mateo al cine con Eduardo y vimos a la loca de Krevin besándose con Lilimann en pantalones de cuero negro pegaditos y unas camisetas de mallas negras bien ceñidas. Parecía una exhibición del más desaforado sadomasoquismo homosexual. Solo les faltaba azotarse con su látigo. Les gritamos —cabros de mierda, hijos de perra— y les hubiese querido escupir en la cara pero nos escondimos para no vérnoslas con ellos cuando el lunes regresemos al Estado autártico. Nos descubrieron pero se fueron y en el colegio nunca dijeron nada porque tenían miedo de que reveláramos a la opinión de los padres que eran unos maricones de mierda. Como dije antes esa educación era una de más orden, jerarquía, sumisión, respeto, autoritarismo que de disciplina. De parte de los rehenes no había ni voz ni voto y el que intentara rebelarse sería sancionado cruelmente con suspensiones, detenciones o peor aún la burla y humillación constantes de sus verdugos que se generalizaba por los compañeros enemigos. Es por esta razón, además del racismo que reinaba y el hecho de provenir de familias acaudaladas que allí odiaban las políticas de izquierda, de asistencia a los desposeídos, oprimidos y vilipendiados. Detestaban la ecología, la ayuda al medioambiente contaminado por las mineras y rechazaban la caridad religiosa. Por lo tanto sería muy raro que de ese colegiucho elitista y exclusivo de niños ricos y engrandecidos, de los hijos de la oligarquía naciera un izquierdista. Además mis papás y mi abuelo

y mis tíos son unos derechistas férreos. Algunos tíos incluso han participado y participan en empresas involucradas en política de derecha o ministerios en el gabinete de Fujimori por muchos años cuando este fue presidente. Si yo soy rojo de corazón, socialista de alma, zurdo de espíritu y marxista de formación es porque el mundo me hizo rebelde. Por mi incorregible tendencia a desafiar a la autoridad, (la que todos estos años me ha cultivado y alimentado la rebeldía) ya sea esta la autoridad paternal, colegial, estatal, nacional o internacional.

«Será mejor así» resuena ahora en mi mente como una voz alucinatoria con el mismo encanto de Mateo, recordando su mirada que me penetraba hasta el fondo una y otra vez; y recuerdo que el jefe de nuestra promoción Mr. Wilkinson, un profesor de inglés amigo de Straton, patán arquetípico, me dijo que la nota que me haya puesto Mr. Straton en inglés todo el año no valía, iba a considerar solo la nota del examen final, porque era obvio que había conflictos personales. Pero Mr. Bibby, que siempre andaba acelerado y nunca dejaba de expeler un hedor a “Irish Coffee” y sobacos sudorosos, a la hora de repartir a cada uno los exámenes finales en las filas indias de carpetas del auditorio que se habían formado, paró su andar acelerado y se tomó más de un minuto para sacar otro examen de debajo de la manga que era el doble de largo y que nunca pude terminar. Nunca repartieron los exámenes finales para ver que hayan sido equitativamente corregidos, ni siquiera los de historia que los corrigió, vaya coincidencia, el concha de su madre del director Mr. Baker. Yo era el que más sabía de historia dentro de todos mis compañeros. Nadie puede negar que uno más uno es dos, eso es algo universal, otra respuesta estaría mal, es por eso que el año en que los ingleses abusivos se confabularon para hacerme jalar de año, usando como pretexto jalar cuatro cursos: inglés (04/20), historia (06/20), francés (07/20) y literatura (curso en el que hice unos trabajos de investigación sobre Borges y Cortázar mejores que los de un universitario); en matemáticas saqué (18/20). Era muy joven para organizar una revuelta ya sea con mis camaradas o con la opinión de los padres de familia por el abuso que conmigo se cometió. Pero los profesores que aquí he nombrado se las verán conmigo algún día y pagarán por el abuso que conmigo cometieron. Ya crecí y ahora soy más fuerte e inteligente que la última vez que los vi.

«Será mejor así» dime Mateo dulcemente por favor que es una caricia para mis oídos. Tú me dijiste “primero es lo primero”: nuestros enemigos alumnos que intentaban burlarse unos de otros. Los homofóbicos son los más homosexuales. Esos que intentan moralizar al resto contra la homosexualidad, esos que intentan marginar a los homosexuales son los que en las noches sueñan que chupan la pinga de su amigo y que cuando reprimen esos impulsos homosexuales generan en ellos un resentimiento hacia los que ya salieron del clóset. Y lo digo yo que en mi mente han convivido la homofobia y la homosexualidad algún momento de mi vida y que he vivido en carne propia el colegio que parió la rebeldía de otro alumno destacado del Markham: Jaime Bayly. Los más débiles son los que más intentan batir, burlarse y oprimir en grupo para no ser batidos ellos. Esos son los cobardes. Pero en esa confusión de afrentas todos fuimos alguna vez opresores y oprimidos. Y de allí es que se hicieron varios mafiosos y matones como otro ex alumno destacado: el gordo Gonzáles, ex congresista y ex dirigente del equipo de fútbol Universitario. Habría que destacar que cuando el director, el mal parido de Mr. Baker, decidió hacer valer cincuenta por ciento el examen final (es decir la mitad de la nota de fin de año) unos cinco años antes de los de mi generación, toda la promoción se levantó en protesta luego del último recreo, todos menos un prefecto de la promoción, hijito de mamá que le lamía las bolas apestosas a los británicos; entonces, los profesores sentenciaron que si no acataban las órdenes e iban a sus clases igual que siempre, toda la promoción sería suspendida tres días. Ellos continuaron con la protesta y se rebeló

toda la promoción contra la decisión dictatorial de Baker para que cediera, pero el muy maldito no cedió ni un ápice y fueron suspendidos todos los alumnos de la promoción por tres días. Todos menos el cobarde prefecto que tuvo que padecer un ajuste de cuentas no con los líderes del movimiento rebelde sino con toda la promoción, por traidor. También quisiera destacar que, un buen día, cansado de las humillaciones públicas que me procuraba Straton frente a su clase de inglés me levanté de mi carpeta y aullé —cállate concha tu madre, huevón de mierda— y este respondió como nunca ningún profesor le había gritado a ningún alumno antes. Se escucharon sus injurias por todos los pabellones del colegio. Se quedó ronco varios días. Me mandaron a la dirección y me suspendieron tres días. Fue todo un acontecimiento que me hizo ganar cierta fama, ciertamente negativa dentro del gremio de profesores, porque realmente fue el profesor el que estaba en falta porque yo había respondido con justicia a una ofensa. Pero entre ellos se confabulaban y se ponían de acuerdo. Ya me habían fichado, estaba en su lista negra y Straton haría lo posible e imposible por verme sufrir. Eso explica que me hayan hecho jalar de año con eso de los exámenes finales, cuando en los cursos sabía más que los mejores. Hizo lo mismo con otros alumnos hasta que lo botaron del colegio por esas malas prácticas.

«Será mejor así» Mateo me consoló, —te irás al exilio pero no vencido, te irás con un espíritu de lucha que llevarás hasta el último momento de tu existencia eterna. Crecerás con esta experiencia y serás un gigante cuando logres corregir el pasado en un futuro. Como cuando en grupo se unieron Arturo, Gregory y los más idiotas de la promoción para burlarse de nosotros y nosotros solo esperamos el momento indicado para hacerles pagar sus facturas con la expulsión que les procuramos. Él me recordó nuestra prueba de fuego y yo nuestro pacto de sangre. Fue tan hermosa nuestra primera vez.

«Será mejor así» Mateo me susurró en el oído en ese reencuentro corto pero intenso, me abrazó por la cintura como nunca nadie me había cogido y me sentí seguro. Seguro de que vine a este mundo para encarnar a un héroe de la talla del Che Guevara. Porque todos los líderes revolucionarios históricos llevan las mismas características de pasado personal.

«Será mejor así», le puse mis dedos en su cuello o sus cabellos rubios y me agarró, como un hombre agarra a un hermano.